



# ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA: EL PROBLEMA DEL HOMBRE



**Ciencia Latina**  
Internacional

**CID**  
editorial



**Crossref**



**Marzo 2025 – CID - Centro de Investigación y Desarrollo**

Copyright © CID - Centro de Investigación y Desarrollo

Copyright del © 2025 de Autores

biblioteca.ciencialatina.org

editorial@ciencialatina.org

Atención por WhatsApp al +52 22 2690 3834

| Datos Técnicos de Publicación Internacional                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p><b>Título:</b> Antropología Filosófica: El problema del hombre</p> <p><b>Autores:</b> Marco Antonio Cabrera Atoche, Sherly Francisco Izquierdo Valladares</p> <p><b>Editor:</b> CID - Centro de Investigación y Desarrollo</p> <p><b>Diseño de tapa:</b> CID - Centro de Investigación y Desarrollo</p> <p><b>Corrección de Estilo:</b> CID - Centro de Investigación y Desarrollo</p> <p><b>Formato:</b> PDF</p> <p><b>Páginas:</b> 41 pág.</p> <p><b>Tamaño:</b> A4 21x29.7cm</p> <p><b>Requisitos de sistema:</b> Adobe Acrobat Reader</p> <p><b>Modo de acceso:</b> World Wide Web</p> <p><b>ISBN:</b> 978-1-967344-46-8</p> <p><b>DOI:</b> <a href="https://doi.org/10.37811/cli_w1160">https://doi.org/10.37811/cli_w1160</a></p> |

**1ª. Edición. Año 2025. Editorial CID - Centro de Investigación y Desarrollo**

El contenido del libro y sus datos en su forma, corrección y fiabilidad son responsabilidad exclusiva de los autores. Permite la descarga de la obra y compartir siempre que los créditos se atribuyan a los autores, pero sin la posibilidad de cambiarlo de cualquier forma o utilizarlo con fines comerciales

**Prohibida su reproducción por cualquier medio  
Distribución gratuita**

**ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA:**

**EL PROBLEMA DEL HOMBRE**

**PHILOSOPHICAL ANTHROPOLOGY:**

**THE PROBLEM OF MAN**

**Autores**

Dr. Sherly Francisco Izquierdo Valladares

Dr. Marco Antonio Cabrera Atoche

*Despertó pues, el hombre, de la larga y dulce noche prehumana; y, al despertar y tomar conciencia de sí mismo, la vida misma se le tornó en un enorme y aplastante problema: Tenía que aprender a vivir.*

*Antes la vida se le daba hecha, espontánea y deliciosamente; ahora tendría que aprender a dar los primeros pasos con trabajo y fatiga. Antes el vivir era un hecho consumado; ahora, un arte. Antes, una delicia; ahora, un desafío; todo lo tendría que improvisar, con sus correspondientes riesgos. De ahora en adelante, el interrogante será su pan y la incertidumbre su atmósfera”.*

*(I. Larrañaga)*

*“Ningún hombre puede eludir las preguntas fundamentales: ¿Qué debo hacer?, ¿cómo puedo discernir el bien del mal? La respuesta es posible sólo gracias al esplendor de la verdad que brilla en lo más íntimo del espíritu humano...”*

*Juan Pablo II en “Veritatis Splendor”*

## INDICE

|                                                                                                   |           |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>RESUMEN .....</b>                                                                              | <b>6</b>  |
| <b>ABSTRACT.....</b>                                                                              | <b>7</b>  |
| <b>CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN .....</b>                                                             | <b>8</b>  |
| ¿Cuál es el origen del hombre? .....                                                              | 8         |
| 1.1. Del origen del Mundo al origen de la vida .....                                              | 8         |
| 1.2. Del origen de la vida al origen del hombre .....                                             | 8         |
| 1.3. Desde las primeras reflexiones mitológicas hasta el predominio del fijismo<br>creacionista 9 |           |
| 1.4. Una relación no excluyente: Evolucionismo – creacionismo:.....                               | 11        |
| <b>CAPÍTULO II .....</b>                                                                          | <b>14</b> |
| ¿Qué es el hombre? .....                                                                          | 14        |
| 2.1. El hombre como ser natural .....                                                             | 14        |
| 2.2. El hombre como ser espiritual .....                                                          | 16        |
| 2.3. El existencialismo: El hombre como un hacerse continuo.....                                  | 19        |
| 2.4. El problema filosófico del hombre .....                                                      | 22        |
| 2.5. El evolucionismo y la explicación sobre el origen del hombre .....                           | 24        |
| 2.6. El hombre: Unidad de cuerpo y alma .....                                                     | 26        |
| <b>CAPÍTULO III .....</b>                                                                         | <b>28</b> |
| ¿Para qué existe el hombre? .....                                                                 | 28        |
| 3.1. El dilema del Sentido de la Existencia Humana .....                                          | 28        |
| 3.2. La inmortalidad personal y la existencia de Dios .....                                       | 29        |
| 3.3. La autorrealización personal y el servicio a la comunidad al margen de Dios ....             | 30        |
| 3.4. El sentido del hombre al margen de la idea de Dios.....                                      | 32        |
| <b>CONCLUSIONES .....</b>                                                                         | <b>36</b> |
| <b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....</b>                                                           | <b>36</b> |

## RESUMEN

El objeto de estudio de la antropología filosófica es el cuestionamiento sobre el origen, naturaleza y finalidad del hombre, en la que se pone de manifiesto la grandeza de su ser en cuanto que dotado de inteligencia y voluntad. La existencia humana encuentra su sentido en buscar respuesta a los cuestionamientos fundamentales. Las respuestas que el hombre ha ido dando sobre su propia existencia, se han distinguido primero por un carácter mítico y posteriormente por un carácter racional y crítico. El hombre se define como un ser en el que alma y el cuerpo se funden, se compenetran tan íntimamente que, al menos en esta vida, una parte no puede ser sin la otra. El hombre busca su propósito en el mundo, e interpelado por la realidad, necesita responder comprometidamente.

**Palabras clave:** Existencia humana, mítico, racional, crítico.

## ABSTRACT

The object of study of philosophical anthropology is the questioning of the origin, nature and purpose of man, in which the greatness of his being is revealed as endowed with intelligence and will. Human existence finds its meaning in seeking answers to fundamental questions. The answers that man has been giving about his own existence have been distinguished first by a mythical character and later by a rational and critical character. Man is defined as a being in which soul and body merge, interpenetrate so intimately that, at least in this life, one part cannot be without the other. Man seeks his purpose in the world, and when challenged by reality, he needs to respond committedly.

**Keywords:** Human existence, mythical, rational, critical.

## CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN

*¿Cuál es el origen del hombre?*

### **1.1. Del origen del Mundo al origen de la vida**

Una de las interrogantes que más inquietud ha despertado desde épocas antiguas, es la que se refiere al origen de todo cuanto existe, al origen del mundo, al origen de la vida, al origen del hombre.

Desde el comienzo de la historia de la humanidad el hombre se concibe como el objeto de estudio por excelencia. Nada más grande para él que preguntarse sobre sí mismo. Ahí radica la noble tarea de la antropología filosófica, en indagar sobre el hombre, sobre su origen, su naturaleza y su finalidad. Actividad esta, que pone de manifiesto la grandeza de su ser en cuanto que, dotado de inteligencia y voluntad, busca el sentido de su vida, lo que deviene no solo en una concepción de sí mismo, sino también en una forma o estilo de vivir.

De ahí que en virtud de su dignidad se hace necesario que esta concepción sea válida en cuanto que le permita vivir en armonía consigo mismo y con su entorno logrando la realización plena de su ser en el “aquí y ahora”, y en su apertura hacia la trascendencia. Así, existen quienes carentes de este sentido y envueltos en una mentalidad consumista o superflua buscan eludir o ignorar esta constante, asumiendo formas o estilos de vida nada favorables a su ser.

Por ello, la reflexión respecto a esta vocación natural del hombre, particularmente el saber cuál es su propósito en el mundo, se torna más urgente en la actualidad en donde la inseguridad, desigualdad, injusticia y alteración de la relación hombre – naturaleza plantea nuevos retos exigiendo una respuesta comprometida con el bien común y con la conservación del medio ambiente.

### **1.2. Del origen de la vida al origen del hombre**

En este sentido, si bien el hombre, gracias al carácter progresivo y vertiginoso de la ciencia y la tecnología ha logrado mejores condiciones de vida, así también ha experimentado las limitaciones y las graves consecuencias de su actuar. Por ello, en el universo de los grandes

temas filosóficos, el problema existencial del hombre se pone de relieve cobrando plena vigencia en la sociedad actual.

Por ello, no cabe duda que cuanto más nos abrimos al problema filosófico del hombre, logramos una vida cada vez más plena, porque a medida que somos conscientes de dónde venimos, qué somos y hacia dónde vamos, tenemos un horizonte que orienta y enriquece nuestro actuar. Éste es justamente el cometido de esta reflexión, tener presente esa búsqueda constante del sentido de la vida abordando de manera crítica y reflexiva sin ignorar los aportes de las ciencias particulares, las distintas concepciones vertidas en la antropología filosófica, para incidir en la sociedad con una visión más humana e integral sobre el hombre. Lo que implica naturalmente una auténtica realización como seres humanos en tanto que organiza nuestra energía, nuestras acciones y nuestras decisiones.

Profundizar sobre el problema del hombre, su origen, su naturaleza y su finalidad como fundamentos de la antropología filosófica.

Determinar los cuestionamientos fundamentales sobre el origen y constitución del hombre.

Analizar las principales explicaciones sobre el origen del hombre.

### **1.3. Desde las primeras reflexiones mitológicas hasta el predominio del fijismo creacionista**

Las respuestas que el hombre ha ido dando a las interrogantes sobre su propia existencia, a lo largo de la historia del pensar filosófico, se han distinguido primero por un carácter mítico y posteriormente por un carácter racional y crítico. En este sentido, para Augusto Comte, uno de los más genuinos representantes del positivismo, en la historia de la humanidad las principales especulaciones y cada rama de nuestro conocimiento, ha pasado sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: El estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto y el estado científico o positivo. Así por ejemplo, considera que en el estado teológico o ficticio, el espíritu humano al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, hacia las causas primeras y finales de todos los efectos que le asombran, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales más o menos

numerosos, cuya arbitraria intervención explica todas las anomalías aparentes del universo. COMTE. (trad. 1985, p. 35)

En este sentido, de acuerdo con Izquierdo (2007), si reparamos en las primeras reflexiones mitológicas podemos constatar que en la mayoría de culturas se llegaba a explicar el origen del mundo mediante la lucha de los diversos dioses, el origen del hombre como consecuencia de la acción de un alfarero que amasa la arcilla con la sangre de un dios. Así, en la cultura hebrea se llega a explicar el origen del mundo y del hombre a través del relato bíblico de la creación, según el cual el hombre es hecho de barro y recibe la vida a través del soplo divino y la misión de multiplicarse y trabajar la tierra.

En este caso, el hecho de que el hombre haya sido formado del barro, como lo presenta el relato bíblico, escandaliza a algunos ¿Pero si todos los dioses de la literatura de entonces creaban del barro a los seres vivientes? Según la Biblia Latinoamericana (1995, p. 8-9), el autor sagrado siguió el folklore de su tiempo, y retomó las antiguas leyendas, dándoles nuevos sentidos. El autor del Génesis recoge dos relatos de la creación que aparecen en los dos primeros capítulos y que ponen especial énfasis en la importancia del hombre como principio y como culmen de la creación. De lo que se trata pues no es en poner énfasis en la forma en la cual fue creado el hombre, sino en la afirmación de que el hombre fue creado por Dios. Esta concepción enraizada en la cultura hebrea y heredada más tarde por el cristianismo encuentra explicaciones similares en relatos de textos literarios, sapienciales o litúrgicos de Sumer, Babilonia, Tebas o Ugarit; como por ejemplo el relato babilónico “Enuma Elish” sobre nuestro origen (Fernández J. 1992, p. 47). Por tanto, el relato bíblico de la creación debe entenderse no como una enseñanza científica sino más bien, religiosa.

Al respecto el Concilio Vaticano II (1965/1988) en su Constitución Dogmática Dei Verbum declara que la única verdad que quiere transmitir la Biblia (1995) es que el hombre fue creado por Dios. ¿Cuándo fue creado y cómo fue creado? eso más bien es materia de la ciencia y la Biblia no es un libro científico sino religioso. Además, para descubrir la intención del autor hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios y el contexto.

A partir de los siglos V y IV a.C. en el auge filosófico de la Grecia clásica, el mito entró en una profunda crisis, pasando a explicar la realidad desde sus causas inmediatas. Poco después, con el establecimiento de la *scala naturae*, formulada por Aristóteles se ubicaba a los seres en

determinadas categorías, apoyándose sobre la materia no viviente y ascendiendo escalón por escalón, a partir de los hongos y musgos y hacia las plantas pasando por animales y culminando en el hombre. (Aristóteles, trad. 1995/Libro II, cap. 1) se fue consolidando con ello, la teoría fijista ya que la escala natural fue considerada como permanente y nunca cambiante. Así, iniciada la era cristiana, se asumió que todo organismo tiene su ubicación en la escala como lo mandó Dios durante la creación. Con lo que se expresa con mayor claridad la esta teoría sobre la biogénesis indicando que Dios crea de la nada al primer individuo de cada especie, y que los individuos de una especie solo producen individuos de la misma especie.

El fijismo predominó prácticamente sin oposición hasta el siglo XVIII encontrando entre sus mayores exponentes al sueco Carlos de Linneo, autor de la primera taxonomía importante sobre la naturaleza viviente; y el francés George Cuvier, auténtico fundador de la paleontología, quien consideraba que las especies habrían sido creadas por Dios tal y como son desde el principio; si hay efectivamente restos fósiles que indican una “cadena ininterrumpida” no deben interpretarse como antecesores de los seres vivos actuales, sino más bien como especies independientes actualmente desaparecidas (Thema, 2003).

Por consiguiente, esta teoría, acorde con la explicación teológica – filosófica que el hombre primitivo daba a la realidad, se ordena a una interpretación fundamentalista de textos sagrados de diferentes religiones que al narrar la creación ponen de manifiesto las primeras reflexiones mitológicas de la humanidad. (Charpentier, 1982, p. 22)

#### **1.4. Una relación no excluyente: Evolucionismo – creacionismo:**

¿Constituye el evolucionismo una explicación válida para el origen del hombre? Naturalmente que sí. Pese a que este proceso tal como se percibe, implica la producción de individuos de especie superior, provenientes de individuos de especies inferiores o menos perfectas, como el ser racional del ser bruto, e incluso, de distinto grado de ahí que es lógico pensar en la existencia de una mente ordenadora que justifique todo este progreso a pensar en su ausencia o que esto es producto de la casualidad lo cual naturalmente es menos inteligible.

En este sentido, a la luz de lo que se denomina “desmitologización de los textos religiosos”, lejos de toda lectura fundamentalista, podemos afirmar que los libros sagrados no buscan

transmitir una enseñanza científica sino religiosa. En consecuencia, no es su cometido dar a conocer cómo se originó todo lo existente, “aunque lo haga”, sino quién lo originó.

En efecto, es lógico pensar que los mitos que explican la cosmogénesis, biogénesis y antropogénesis en diferentes culturas, así como la explicación religiosa que ofrece el escritor sagrado sobre el origen del mundo, y la necesidad de justificar su origen en la divinidad. Así, si el autor sagrado hubiese tenido las bases epistemológicas que tiene el hombre actual, seguramente hubiese dado una explicación distinta al origen del mundo, de la vida y del hombre ya que otro hubiese sido su marco teórico y su cosmovisión.

En esta perspectiva, se puede afirmar que una explicación evolucionista no excluye necesariamente la existencia de un ser supremo ya que en tal caso este ser supremo justificaría dicha evolución. Al menos, en el sentido de que Dios es la única causa eficiente de la mutación o transformación substancial de los seres vivos pre-existentes en seres vivos de especie superior.

En este sentido, lejos de todo fundamentalismo religioso y de toda ideología dogmática, el aporte de la ciencia actual es perfectamente compatible con la teoría creacionista (aunque no necesariamente como lo relata el texto bíblico), ya que en tal situación Dios habría hecho posible las interacciones físico químicas de la materia que dan origen a la vida y en efecto, habría estado detrás de este largo proceso que explica el origen del hombre, lo que ha llevado a que muchos evolucionistas sean fervientes religiosos y muchos religiosos sean fervientes evolucionistas.

El mismo Juan Pablo II, casi al final de su pontificado, hablando ante la Pontificia Academia de la Ciencia reivindicó el pensamiento de Charles Darwin. De acuerdo con Juan Pablo II (1996, pp. 6-7) los nuevos conocimientos nos han llevado a darnos cuenta de que la teoría de la evolución ya no es una mera hipótesis. Se debe destacar sin duda que esta teoría ha sido progresivamente aceptada por los investigadores, tras una serie de descubrimientos en varios campos del conocimiento. La convergencia, ni buscada ni inventada, de los resultados que fueron realizados en forma independiente es en sí misma un significativo argumento a favor de esta teoría.

Esto significa que la fe no es contraria a la teoría de la evolución siempre que no se haga de ella una lectura exclusivamente materialista. De allí que, aceptar la idea de que las personas son creadas por Dios es del todo compatible con el evolucionismo.

Así se puede afirmar que el hombre es producto de la evolución de una materia que no se crea ni se destruye y que sólo se transforma o que el hombre es fruto de la creación de Dios, sea esta última a través del evolucionismo o más bien como lo plantea el fijismo. En ambos casos la reflexión en torno al origen marca una concepción de la realidad que se expresa en una filosofía de vida.

En efecto, si se tiene una visión positiva del hombre se ha de obrar en bien de sí mismo y de los demás. En el caso de concebirse creado por Dios y que los demás seres han corrido la misma suerte está llamado a expresarse como creatura de Dios, dando testimonio de su creador, respetando, promoviendo y defendiendo la vida.

Además, tanto en un evolucionismo ateo como en un creacionismo no se puede negar una visión trascendente, aunque en el primero de los casos a lo más que se llegaría es a una trascendencia en el colectivo de los hombres por la construcción de una sociedad más justa y más humana, como el querer immortalizarse, a través de sus ideas, en la mente colectiva de la gente.

## CAPÍTULO II

### *¿Qué es el hombre?*

#### **2.1. El hombre como ser natural**

La primera experiencia que tenemos como ser natural es justamente la corporalidad. Por su cuerpo el hombre forma parte del mundo natural sensible o material. El mismo que se constituye en medio de comunicación, puente hacia los otros, expresión del propio ser.

La corporeidad integra al hombre en el tiempo y en el espacio mundanos, porque el tiempo y el espacio así lo exigen, por consiguiente, encuentra sus rasgos característicos en la presencia mundana, la organicidad biológica, la psicomotricidad, la interacción cósmica, el filtro de la relación, etc. Desde esta perspectiva, la corporeidad se ha revalorizado a tal punto que la visión filosófica positiva de ella misma implica la educación corporal, la educación sexual, la salud mental, el respeto a los Derechos Humanos como universales, imprescriptibles e inalienables, la común – unión o comunión con los otros, el ser - con los demás, etc.

La importancia de soslayar esta situación radica en algunas costumbres equivocadas que en escenarios religiosos conllevaron absolutizar la vida espiritual al punto de menospreciar o maltratar el cuerpo. Por ello el Concilio Vaticano II (1988), en la constitución *Gaudium et Spes* N° 14, ha señalado “En la unidad de cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar el último día”

Esta corporeidad pone de manifiesto al hombre como ser natural en un triple sentido. Su cuerpo es un cuerpo material compuesto por los elementos del mundo material - como carbono, fósforo, hierro, nitrógeno, potasio, calcio, etc-, su cuerpo está sujeto a las leyes de la naturaleza, al cambio, a las transformaciones propias de la materia – sujeto por ejemplo a las leyes biológicas (nacimiento, nutrición, crecimiento, reproducción y muerte) - y además, su cuerpo necesita de esta naturaleza para poder vivir, necesita aire, necesita alimento,

necesita luz; esto es, para ser hombre necesita de algo que no es él: La naturaleza, fundamentalmente.

En efecto, si la naturaleza no le proporciona todo lo que requiere para vivir, su vida dejaría de existir, situación está que pone de manifiesto la preocupación del hombre actual por la crisis medioambiental y sus graves consecuencias.

De hecho, a raíz del calentamiento global muchos hombres en la actualidad experimentan la angustia de solo pensar en la destrucción del mundo y de la humanidad entera de manera inminente, lo que altera el normal desarrollo de sus vidas.

Esta crisis, cada vez más desafiante, pone en nuestro camino el gran reto de reparar parte del daño causado, ya que reparar del todo es imposible, lo que constituye una enorme tarea más aún si tenemos en cuenta algunos signos contradictorios que trae consigo el avance vertiginoso de la ciencia y la tecnología. (Álvarez et al., 1994, p. 338)

Para Marx (Trad. 1981) la naturaleza resulta siendo el cuerpo inorgánico del hombre. Ya que su cuerpo es parte de él, tan parte suya que si le fuera extirpada dejaría de existir:

La universalidad del hombre aparece en la práctica justamente en la universalidad que hace de la naturaleza todo su cuerpo inorgánico, tanto por ser un medio de subsistencia inmediato, como por ser la materia, el objeto y el instrumento de su actividad vital. La naturaleza es el cuerpo inorgánico del hombre; la naturaleza, en cuanto ella misma, no es cuerpo humano. Que el hombre vive de la naturaleza quiere decir que la naturaleza es su cuerpo, con el cual ha de mantenerse en proceso continuo para no morir. Que la vida física y espiritual del hombre está ligada con la naturaleza no tiene otro sentido que el de que la naturaleza está ligada consigo misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza (P.57).

De ahí que hombre y mundo están en estrecha relación, de tal modo que es muy difícil entender el mundo sin el hombre, y no podemos entender qué es el hombre sin acudir al mundo que lo rodea o sustenta.

Estos rasgos característicos del hombre como ser corporal ponen de manifiesto que somos seres limitados, contingentes, que necesitamos, que no nos justificamos por nosotros mismos, que somos pero que podríamos no haberlo sido o podríamos dejar de serlo. Así, estamos

obligados a considerar nuestro cuerpo como bueno y digno de honor. El hombre es su cuerpo y su realidad material ha sido justamente subrayada por el papel que juega el cerebro en la vida humana.

El hombre tiene que aprender a convivir con esta realidad, con estos rasgos característicos, con esta limitación natural; pero no por ello hemos de sentirnos menos. Todo lo contrario, la vida del hombre sujeta a estas leyes debe de vivirse a plenitud, debe impregnarse de un sentido de trascendencia en cada uno de sus actos.

## **2.2. El hombre como ser espiritual**

Pero el hombre también tiene un lado propiamente humano, justamente su lado espiritual. Característica que le otorga el hecho de ser un ser que trasciende. Supera esencialmente a los demás seres del mundo, se trasciende a sí mismo, se constituye por esencia, libre y religioso. (Santamaría, 2009)

El alma espiritual es la que nos da vida y entidad. Es la que se manifiesta en la inteligencia y la voluntad. Por la inteligencia conocemos y comprendemos verdades, razonamos y deducimos nuevas verdades y hacemos juicios sobre el bien y el mal; Por la voluntad deliberadamente decidimos hacer o no hacer una determinada cosa.

El hombre es un ser espiritual en el sentido que es un ser que lo transforma todo, es un social, es un ser conciente y es un ser libre. (Gaudium et spes, 1964)

En cuanto que lo transforma todo es un ser cultural. Transforma en alimentos elementos minerales, animales, vegetales. Transforma los recursos en casa y no se queda en un único tipo de vivienda, llegado el sedentarismo vivió inicialmente en cuevas o cavernas y con el correr del tiempo ha llegado a vivir inclusive en grandes edificios, transforma las cosas en sus utensilios primero de manera rústica hasta lograr una elaboración cada vez más sofisticada. Pero, además, se transforma a sí mismo, aumentando su capacidad y sus necesidades, modificando su cosmovisión, su visión de la vida, la visión de su propia vida y esto gracias a las bases epistemológicas que hereda del pasado y le otorga el presente.

Es por ello que el hombre a lo largo de la historia ha ido cambiando su manera de obtener alimentos y vestido, de comunicarse y trasladarse, etc. Sin embargo, los animales lo hacen

siempre de la misma manera y no alteran su manera de transformar, a menos que el medio en que viven les haga imposible seguir efectuando las mismas tareas. Las hormigas desde que existen sobre la tierra, siguen consiguiendo y transformando sus alimentos de la misma manera. Lo mismo ocurre con todas las especies animales a excepción del hombre. Eso se da porque la actividad vital para conseguir los medios de vida de los animales no es consciente ni libre, sino que les pertenece por pertenecer ellos a una especie determinada.

El hombre de Neandertal de los 200,000 a.C., por ejemplo, no tiene las mismas capacidades ni necesidades que el hombre griego de la alta civilización antigua, ni el hombre griego que el hombre actual y esto porque el hombre está haciéndose, transformándose y transformando todo permanentemente.

Ha sido el hombre, en efecto, quien a fuerza de agudizar siglo tras siglo su propio ingenio, ha creado el progreso en las ciencias empíricas y en las artes técnicas y liberales, y en la era actual ha obtenido sus grandes éxitos fundamentalmente en la investigación espacial e investigación atómica, en el desarrollo de técnicas quirúrgicas, en la automatización de las tareas industriales y en la revolución de los transportes y las comunicaciones.

El hombre es, además, un ser social. Esto es: No transforma, no trabaja, no actúa, no vive solo. Es un ser de relaciones, es un ser gregario, es un ser comunitario, es un ser abierto, un ser dialógico. Esto es, un ser de apertura. En efecto, es en compañía de sus semejantes donde encuentra las condiciones necesarias para el desarrollo de su conciencia, racionalidad y libertad, de ahí que el ser del hombre con los demás y para los demás pertenece al núcleo mismo de su existencia.

Es un ser social no sólo por lo que ha sido a lo largo de la historia de la humanidad, sino también por lo que es a lo largo de toda su vida. En efecto, la historia a lo largo del tiempo ha registrado la vida del hombre siempre en grupos, primero en familias, luego en clanes, tribus, comarcas, aldeas, ciudades. De la misma manera, el hombre desde que nace hasta que muere, mantiene la tendencia fundamental de su ser hacia los demás.

En efecto, desde que nace, comienza un proceso de integración en el grupo, aprende su lengua, sus creencias, sus costumbres. Nace en una familia y muere en ella; nace en una sociedad y, también muere, en ella; nace en la naturaleza y entre los hombres. Esto es

sencillamente extraordinario pero pasa inevitablemente por la interiorización y vivencia de determinadas pautas de conducta que posibilitan y enriquecen su vida en comunidad.

El hombre, además, es un ser consciente. Es el único que tiene conciencia de sí. Reconoce y se reconoce. En los animales la presencia en sí mismos o conciencia sensible, por ser inconsciente (no refleja), es ajena a cualquier problematización, razón por la cual no pueden preguntarse por su propia esencia, es decir el animal es, pero no sabe que es y qué cosa es mientras el hombre es, sabe que existe y sabe qué es. El hombre se da cuenta de lo que hace, de lo que necesita, de lo que aspira, de lo que tiene; en este preguntarse el hombre trasciende la inmediatez de su realidad; por lo mismo busca el fundamento o razón de ser de su realidad, indaga quién es, cuál es su esencia (Vélez, 2005).

En este sentido, tener conciencia de sí mismo implica ser objeto para sí mismo: Conocerse, querer-se, controlarse. Lo que significa ser dueño de sí mismo. No obstante, sólo se puede ser dueño de sí mismo cuando se es responsable. Lo que significa que debe ajustar su vida y sus actos a su condición natural, sin que pueda delegar en nadie esa fundamental responsabilidad.

El hombre, decía Blaise Pascal (2004), no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para aplastarlo: Un poco de vapor, una gota de agua basta para matarlo. Pero aun cuando el universo lo aplastara el hombre sería todavía más noble que lo que le mata, porque sabe que muere y lo que el universo tiene de ventaja sobre él, el universo lo ignora. Así, al hablar del hombre como una “caña pensante” se le considera de dos maneras: Por un lado, como grande e incomparable por su fin; y por otro lado como abyecto y vil por su naturaleza (Ferrater, 1981, p. 1548-1549).

Pascal (2004) resalta la debilidad física del hombre ya que este puede morir por las mínimas causas. Pero, a la vez resalta la grandeza del pensamiento, grandeza mucho mayor a la inmensidad del universo “no pensante”. Para él toda la dignidad reside en el pensamiento, y es que el pensamiento permite conducir la vida de acuerdo a los principios fundamentales de la moral.

Ahora bien, la conciencia permite trasladarse, por así decirlo, al pasado y al futuro, orientar la propia vida a lograr la realización de determinadas aspiraciones, construir el propio destino y sentirse satisfecho por ello. Pero esto no es algo gratuito. Permite también juzgar, hace

responsable al hombre de las consecuencias de su actuar y corresponsable del destino de la sociedad y del mundo.

Así, esta elección del propio destino constituye la libertad del hombre y se manifiesta en la capacidad que le caracteriza para gobernar y orientar sus propias acciones. Se trata de una condición privilegiada que se realiza día a día y que en algunos casos se niega cuando se agrede, se burla o no se hace algo por mejorar las condiciones de su propia vida o la de los demás.

Por ello resulta obvio que a lo largo de toda la historia ha ido variando de manera progresiva sus medios utilizados, su estilo, sus formas de vestir, de trasladarse, de celebrar y de vivir, de ahí que como ser libre, iluminado por la inteligencia, tiene la oportunidad de dirigirse a la consecución del fin deseado, de elegir querer o no querer tal o cual cosa. Naturalmente de elegir e ir en la consecución del bien.

Así, según Santamaría (2009), Max Scheler precisa con claridad la esencia del hombre y su puesto en el cosmos: El espíritu. Realidad esta que pone de manifiesto la elección del amor, el arrepentimiento y la bondad.

En este orden ha sido frecuente definir al hombre como un ser que conoce, un ser racional, un animal social, un animal que hace o fabrica cosas, un ser que es capaz de hablar, de representar, etc. todo lo cual se ha constituido en un intento por establecer la llamada diferencia específica y ha recibido diversas formulaciones entre las que destaca la de “homo sapiens” y “homo rationalis”, y como dice Ferrater (1981) “El hombre es esto aquello: un ser racional, un ser social, un ser ético, etc., lo es porque lo ha sido siempre, esto es, porque su naturaleza ha sido siempre lo que es, y no puede dejar de ser nunca lo que esencialmente es”. Aquí radica su grandeza, lo típico de él, en su capacidad de razonar, de actuar con responsabilidad, de trascender. Se siente especial, es especial.

### **2.3. El existencialismo: El hombre como un hacerse continuo**

Si bien se concibe al hombre es una unidad sustancial de cuerpo y alma, hay muchos que lo definen como espíritu encarnado, o como ser temporal en el mundo, o como ser ahí o existencia, lo que vale decir que no está hecho, sino que se hace, porque se autodetermina y

por lo mismo es libre e histórico pues partiendo del pasado se proyecta hacia el futuro (Vélez, 2005). Esto es, un ser que se hace. Y se hace diariamente.

Precisamente este hacerse continuo es lo que hace que el hombre repare en el hecho de tener que elegir siempre en situaciones concretas y dentro de limitaciones concretas. El hombre es siempre hombre porque elige su propio ser. Desde que nace no tiene un ser definido de una vez y para siempre. Su ser se va haciendo diaria y permanentemente. Entonces ¿Qué está haciendo de nosotros mismos? Configuramos la grandeza de nuestro ser, ennobleciendo con las acciones buenas lo que somos por naturaleza, o denigramos la nobleza de ser seres humanos.

De esta manera, se puede afirmar que la esencia del hombre se va haciendo ya porque ser hombre es “hacerse hombre” o “hacerse a sí mismo” enfoque en el que se enmarcan los filósofos existencialistas, fundamentalmente Sartre para quien la existencia precede a la esencia con lo que el hombre se define como proyecto y será lo que libremente proyecte ser. En efecto, dice Sartre: “El hombre no es otra cosa que lo que él se hace” (Sartre 1982, p.16).

Aquí radica la diferencia ontológica entre las realidades humanas y las realidades naturales. El hombre es “un animal inacabado”. En consecuencia, su fórmula ontológica no se corresponde con él “es” de la naturaleza, sino con el “será” que está de camino y pendiente de un después. Por eso la primera cuestión práctica y la más decisiva para el hombre es el qué hacerse.

No se trata pues, de un simple hacerse, se trata más bien de un ir buscando significatividad en ese continuo, de ese ser-en-el-mundo del que habla Martín Heidegger para quien el hombre tiene como peculiar modo de ser el Dasein o el ser-ahí.

El ente que llamamos Dasein, según Heidegger, tiene la posibilidad de ser su Ahí. Con su mundo, él está presente para sí mismo y lo está inmediata y regularmente en la forma de haber abierto su poder-ser a partir del “mundo” del que se ocupa. De ahí que el Dasein corresponde a su existir cuando, tras una elección responsable del tipo de hombre que quiere ser, dedica la historia de su vida a la ejecución y cumplimiento de ese proyecto en sus diversos aspectos (Heidegger, 1997, p.266).

Los aportes de filósofos como Sartre (1982) y Heidegger (1997) ponen de manifiesto la prioridad que se ha dado a la existencia, en oposición a una larga tradición que desde la filosofía aristotélica hasta inicios del siglo XX colocaba a la esencia antes que a la existencia. El profesor Francisco San José cuando reflexiona al respecto, recuerda que “La esencia es algo que viene después de la existencia. La existencia es, pero no está hecha porque yo debo hacerla. Yo me debo hacer en mi existencia y a este hacerme es a lo que los existencialistas llaman mi esencia” (San José, 1987, p.300).

Desde esta perspectiva, el hombre como unidad sustancial de cuerpo y alma, es decir, como un ser natural y espiritual es a la vez un ser que se caracteriza fundamentalmente por un hacerse continuo. En el sentido que su vida no está dada, sino que tiene que hacerse, y tiene que hacerse no aisladamente, sino a partir de su ser-en-el-mundo como dice Heidegger.

En este sentido, los aportes del filósofo español José Ortega y Gasset (1966) son de notable importancia. Para él la vida es lo que hacemos y lo que nos pasa. Nuestra vida es ese dinámico quehacer de tratar con el mundo, dirigirse a él, obrar en él, ocuparse de él. En otras palabras:

Yo soy yo y mis circunstancias. “Este sector de la realidad circundante forma la otra unidad de mi persona: Sólo a través de él puedo integrarme plenamente y ser yo mismo... Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Ortega y Gasset, 1966 p. 322).

Esto es, ni estamos aislados ni somos ajenos a nuestro entorno social o natural.

El “yo soy yo” significa que la vida se individualiza y que el hombre tiene hacia su yo. Pero, además, “mi circunstancia” me dice que mi vida no solo soy yo, sino también toda la realidad que me rodea. Por eso, la circunstancia es todo lo que interviene en la vida del hombre y es utilizado por él para hacerse a sí mismo. La circunstancia es el tiempo y sobre todo el tiempo presente. Mi circunstancia no puede separarse de mi yo, así la vida humana se constituye en un proyecto, en el sentido de que el hombre tiene que crear, que inventar, que elegir, que hacerse y se hace plenamente el mismo en la medida que interactúa armónicamente con su medio.

Esto es, el hombre como ser natural y espiritual es un ser-en-el-mundo, un ser-con-nosotros-conciencia, un ser temporal quiere decir que se hace con las cosas con que se encuentra. La

realidad radical es la vida y tanto el yo como las cosas son ingredientes necesarios, y esenciales en ese dinamismo que es el quehacer de la vida. De ahí que no solo es válido sino indispensable extender nuestra mirada a la coexistencia con los demás y con lo demás. Lo que quiere decir, no solo un estar-con, sino más bien, saberse miembro de una comunidad que finalmente confluye en la comunidad universal y establecer una relación armoniosa que se expresa en la convivencia humana y que implica inevitablemente preocuparnos por nuestro entorno; esto es, la lucha contra las injusticias y la corrupción que nos lleve a construir la civilización del amor, la reducción de las desigualdades sociales cuyas brechas socioeconómicas se han alargado más durante la últimas décadas en los pueblos de América Latina, y los esfuerzos por lograr una mayor calidad de vida que incluyan a todos sin excepción alguna, la conservación del medio ambiente, el uso sostenido y la explotación racional de los recursos naturales, entre otras cosas.

#### **2.4. El problema filosófico del hombre**

Ya desde la antigüedad el hombre se asombró de sí mismo y sintió una natural curiosidad por saber sobre su propio ser, sobre el mundo que le rodea y el lugar que en él ocupa. Esta necesidad no sólo se refiere al hecho de saber más sino más bien al hecho de saber aquello que le conviene para su propia vida o que le da sentido a su vida. Encontrar un sentido a su propia vida ha sido la primera fuerza y necesidad que ha experimentado el hombre. Digo fuerza porque ha sido el motivo de su quehacer filosófico y necesidad porque se ha rehusado a convivir con ese vacío existencial.

Esta inquietud de indagar por uno mismo ha surgido desde un principio en el hombre al constatar su contingencia y no obstante concebirse especial y diferente a los demás. De hecho, se percibe a sí mismo sustancialmente diferente a los otros seres y ocupando un rango privilegiado entre los seres vivos conocidos y en virtud de este privilegio se cuestiona a sí mismo, indagando sobre su origen, sobre su naturaleza, sobre su finalidad. Necesita ubicarse en el mundo del por qué y saber si todo tiene un sentido, o en cambio, es solo una promesa que nunca se realizará. ¿Qué hará el hombre si no busca explicar la realidad? Obviamente que experimentar el vacío, entonces se torna débil ante el menor obstáculo que se le presenta o siente la pérdida del sentido de su vida lo que constituye su propia angustia existencial.

Basta mirar al hombre a lo largo de la historia de la humanidad en general y a lo largo de la historia de su vida en particular para darnos cuenta que en el uso normal de su razón e incluso en el nivel de poco desarrollo cultural el hombre no solo se cuestiona sobre todo cuanto existe; sino que, además, al hacerlo encuentra respuesta que configuran su propia concepción o cosmovisión, que constituye la base ideológica que orienta a su vida diaria

En esta perspectiva, el sentido de la existencia humana no es una mera curiosidad, es algo íntimo que afecta notablemente a nuestro ser, algo tan propio y con lo cual nos encontramos permanentemente comprometidos. ¿Quién soy?, ¿Cuál es mi origen?, ¿Para qué existo?, ¿Qué me diferencia de los demás seres?, ¿Qué me espera después de la muerte?, constituye el problema de la antropología filosófica.

A veces, el hombre quiere huir de esta realidad y compensarla con el dinero, con el sexo, la droga, el poder, la música, la actividad frenética; otras veces vive sin pensar qué quiere realmente, de qué manera y cómo lo puede conseguir porque está enfrascado en lo cotidiano o porque teme afrontar su propia realidad. Sin embargo, ni esto ni aquello se sostiene, porque al fin y al cabo existe un vacío que clama interiormente como una necesidad ineludible de interpelar, de cuestionar, de buscar y de llenar.

Este vacío hoy por hoy cobra nuevos matices que se ponen de manifiesto en la crisis medio ambiental y en la creciente incertidumbre por el mañana, a ello se suma el avance de determinada ciencia y tecnología muchas veces carente de valores y no con menos razón una conducta delictiva de a quienes poco o nada les importa la vida propia y la de los demás.

La vida del hombre no es, pues, un estado de satisfacción, sino una tensión, un conflicto, una búsqueda de respuestas orientadas a llenar un vacío. Justamente allí radica el problema filosófico del hombre, allí se concentran todas sus preocupaciones en abordar las inquietudes que brotan desde su ser interior y que cada vez, adquieren un carácter más ético que fenomenológico, y naturalmente más óntico que ontológico. Esto precisamente porque la preocupación actual respecto al ser del hombre gira más en torno a su quehacer y a su destino, que a su origen y constitución.

## **2.5. El evolucionismo y la explicación sobre el origen del hombre**

Entrado el siglo XVIII una nueva explicación sobre el origen del hombre comienza a tomar fuerza, el evolucionismo, según el cual, en la naturaleza, a partir de algo inicial, se han ido produciendo, poco a poco, distintas formas de vida hasta llegar al hombre.

Según el evolucionismo, al hombre lo antecedieron y prepararon, tanto la cosmogénesis como la biogénesis, por las que se fue gestando la evolución por múltiples y variadas especies de vida en escala ascendente de perfección hasta llegar a lo que es actualmente (Villegas, 1996).

Así, parece ser que el orden seguido por la evolución fue el paso de los peces a formas de vida anfibias y, a partir de éste, a las aves y a los mamíferos. Dentro de los mamíferos, como una de sus formas más evolucionadas aparecen los primates; y, por último, en el seno de los primates, surgen los homínidos (oreopitecos y australopitecos), que, a su vez, dan lugar al hombre.

Se trata pues de los primeros estudios que, al respecto, revolucionaron el pensamiento de la humanidad y que ya en la primera mitad del s. XIX había establecido las primeras bases acerca del desarrollo progresivo de la variación biológica.

El primer gran intento en la argumentación de estas ideas lo realizó el filósofo y naturalista Jean-Baptista de Lamarck (1744-1829), conde de Lamarck; quien planteó el evolucionismo a través de la adaptación de las especies al medio y que no obstante lo valioso de sus aportes no pudo rebatir las críticas respecto al carácter hereditario de las modificaciones adquirida que su planteamiento traía consigo.

Sin embargo, el más notable representante del evolucionismo fue el inglés Charles Darwin, quien en 1859 publica “El Origen de las Especies por medio de la Selección Natural”, su obra más importante, cuya primera edición, de 1250 ejemplares, se agotó el día que se puso a la venta, y en la que sostiene la formulación más precisa y rigurosa del evolucionismo según la cual las especies tienen que sostener una auténtica lucha por la existencia y en esta lucha, superviven siempre los más aptos.

Charles Darwin (trad. 1859/2009) se refirió a esta lucha de la siguiente manera: “Todo lo que podemos hacer es tener siempre presente que todo ser orgánico está esforzándose por

aumentar en razón geométrica, que todo ser orgánico, en algún período de su vida, durante alguna estación del año, durante todas las generaciones o con intervalos, tiene que luchar por la vida y sufrir gran destrucción. Cuando reflexionamos sobre esta lucha nos podemos consolar con la completa seguridad de que la guerra en la naturaleza no es incesante, que no se siente ningún miedo, que la muerte es generalmente rápida y que el vigoroso, el sano, el feliz, sobrevive y se multiplica” (tom I, cap. 3).

Entre cazadores y cazados vencerá el mejor dotado para huir o para atacar; si una manada de lobos persigue a unos ciervos, serán cazados los ciervos menos veloces y resistentes por los lobos más fuertes; y los ciervos más ágiles huirán, quedándose sin cazar los lobos viejos, lentos, etc. En cualquier caso, superviven siempre los más aptos. El hecho de que los animales más aptos sean los que se adaptan, los que superviven, es lo que Darwin llamó selección natural.

Lo que sucede es que hay animales que nacen con variaciones morfológicas, funcionales, etc. si estas variaciones son inútiles, o lo que es lo mismo, sino sirven al viviente para adaptarse al medio, entonces el viviente no sobrevive. Pero si estas variaciones son útiles, si el viviente se puede adaptar al medio, entonces se produce una selección natural. Por consiguiente “La selección natural obra sólo mediante la conservación de variaciones en algún modo ventajosas, y que, por consiguiente, persisten” (Darwin, O.c. Tom I, cap. 4)

Si bien los aportes de Charles Darwin son importantes, persisten aún algunas incógnitas con respecto al evolucionismo, fundamentalmente aquellas referentes a la ausencia de un mecanismo válido para explicar la herencia; No obstante, estos problemas han ido aclarándose poco a poco con los estudios progresivos respecto a las leyes de la herencia.

El desarrollo progresivo y cambiante de los organismos vivos llevó a Charles Darwin a postular la evolución del hombre a partir de monos antropoides siguiendo los mismos pasos que el de las demás especies. Consiguientemente no se puede negar que los hallazgos y estudios realizados han ido superando el planteamiento fijista e indicando cada vez argumentos a favor del evolucionismo.

Ahora bien, si bien los hallazgos y estudios realizados a partir del siglo XVIII han ido indicando, de manera progresiva, argumentos a favor del evolucionismo, los pasos que se han dado con

este proceso todavía son un enigma para la ciencia. La moderna antropología física (ciencia que se ocupa del estudio de los antecedentes del hombre) considera que los antecesores remotos del hombre, dentro de los primates, lo constituyen los homínidos. Se sabe que han existido dos géneros de homínidos: Los australopitecos, que se extinguieron hace un millón de años y los Homo. (Álvarez et al. 1994). En este sentido, tras los australopitecos los pasos en el proceso evolutivo que nos conducen hasta el hombre actual se dan dentro del género Homo.

De esta manera, cuando un homínido es capaz de producir rudimentarias herramientas de piedra se considera que pertenece al género Homo. El primer homo que fabricó herramientas fue Homo habilis. Al cual le siguió el Homo Erectus que vivió hace más de un millón de años, creó un rudimentario lenguaje, monosilábico y entrecortado, y fue capaz de fundar una industria lítica. Posteriormente hace aproximadamente doscientos mil años surgió el Homo Sapiens que se desarrolló notablemente, constituyendo uno de los momentos más importantes, sino el más importante de la evolución humana.

## **2.6. El hombre: Unidad de cuerpo y alma**

La primera afirmación que respecto a la naturaleza del hombre nos viene a la mente es aquella definición tradicional que hemos heredado desde la filosofía antigua que el hombre es un animal racional (Aristóteles, Política, VII,12,1332 –b), y nos recuerda que como hombre al igual que los demás seres tenemos un cuerpo y al igual que los animales y las plantas, tenemos un alma. El alma es aquella que anima al cuerpo –ya podría denominarse de otra manera- finalmente nos referimos a aquella realidad que expresa la vida. Y sin embargo, este tener un alma no es en el sentido de algo extrínseco sino en el sentido del ser de la naturaleza del hombre.

De hecho, no se puede hablar del hombre concibiendo estos dos elementos, alma y cuerpo, por separado. El hombre no es sólo materia ni es sólo espíritu. El hombre no es un alma encarcelada –como decía Platón en el “Fedon” (Trad, 1988, 64 d-65 c)- al formular que el hombre es una unidad accidental de cuerpo y alma, lo que implica la existencia de dos sustancias – dualismo -, sino que, al contrario, es una unidad sustancial de cuerpo y alma como lo llegaría a plantear Aristóteles en el Tratado del Alma (Trad. 1995, 421 a – 413b).

La explicación aristotélica de la relación de estos dos elementos difiere de la platónica en cuanto que al aplicar la teoría hilemófica – Del acto y la potencia – al hombre lo presenta como un ser individual, del que tanto el cuerpo como el alma son sólo principios, es decir, causas: El alma se comporta como la forma y el acto del cuerpo que, a su vez, es el elemento material y potencial. De manera tal que no se trata de cualquier ser, sino de quien, desde el momento de su concepción dada la unidad sustancial de cuerpo y alma, está dotado en potencia de inteligencia y voluntad, facultades que con el correr del tiempo se van realizando o actualizando, en aplicación de la teoría aristotélica.

De acuerdo con Zubiri (1982) –uno de los filósofos más destacados de fines del siglo XX- “Más que decir que el hombre tiene cuerpo y alma se trata de afirmar que el hombre es cuerpo y alma porque estos dos elementos no son instrumentos para él ni son extrínsecos a lo que él es formalmente” (p.79). Esto es, El alma y el cuerpo se funden, se compenetran tan íntimamente que, al menos en esta vida, una parte no puede ser sin la otra. El cuerpo es la expresión del alma y por tanto es la expresión del ser del hombre.

Esta íntima unión en una sola sustancia llamada hombre resulta evidente por la manera en que participa una en otra. Si nos cortamos en un dedo, no sólo es nuestro cuerpo el que sufre: también nuestra alma. Todo nuestro ser siente el dolor. Y si es el alma la que padece con preocupaciones, esto repercute en nuestro cuerpo, en el que pueden producirse úlceras. En consecuencia, si el miedo o la ira sacuden el alma, el cuerpo refleja la emoción, palidece o se ruboriza finalmente ambas se interactúan.

En este sentido, qué es la muerte filosóficamente hablando, sino la separación de estas dos realidades. El alma por sí sola no es el hombre, y el cuerpo por sí solo tampoco lo es. Ambas se unen en una sola sustancia. El hombre entendido de esta manera, es la unidad sustancial de cuerpo y alma. Su cuerpo es materia, su alma es espíritu. En consecuencia, como está dotado de cuerpo es un ser natural y como está dotado de alma es un ser espiritual.

## CAPÍTULO III

*¿Para qué existe el hombre?*

### **3.1. El dilema del Sentido de la Existencia Humana**

No basta saber cómo se originó el hombre ni cuál es su naturaleza nos preguntamos también para qué existe, cuál es su propósito en el mundo. Más aún ahora en que la realidad nos interpela, nos cuestiona, nos apremia y exige una respuesta comprometida con la vida. Esto es a mi modo de ver lo más importante en la antropología filosófica actual. Nadie quiere sentir al final que no tuvo un propósito en su vida.

La existencia humana y su despliegue vital se nos ofrecen como dotadas, y hasta necesitadas, de sentidos parciales que la expliquen y justifiquen. Si encontramos una vida o existencia carente de estos fines y motivos no dudamos en calificar esa vida como absurda y falta de sentido. Pero aún en este caso como el hombre tiene la grave responsabilidad de darle el sentido. Como dice Sartre (1982, p. 21-22) el hombre es por esencia limitación, carencia, necesidad que apela inútilmente a la plenitud y, sin embargo, está bajo su responsabilidad darle el sentido que él mismo quiera darle. No hay determinismo, el hombre es libre, el hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque una vez arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace.

No obstante, hay que advertir, que no es tan fácil aceptar que la vida no tiene sentido. El hombre es un ser tan complejo y su vida tan especial que resulta inconcebible que no tenga sentido. De ahí que cada vez se aferra más a un propósito, a una finalidad, a una misión. La finalidad es la felicidad, dignamente elogiada por el hombre y considerada como el bien perfecto. La misión es el obrar el bien que se ordena a esa felicidad. De modo tal que el sentido del ser comienza a ser resultante de la concepción de la vida como preocupación de sí misma y constituida por la temporalidad en la cual no está o acontece, sino que se hace, se realiza en el tiempo, decidiendo en cada instante lo que va a ser en el siguiente.

Sin embargo, cuando reflexionamos sobre la felicidad advertimos que, hasta el hombre más afortunado, queda insatisfecho de lo que es y de lo que hace. Es decir, esta tentativa no tiene posibilidad de éxito. En efecto, el hombre siempre espera algo más de lo que tiene, tiende

hacia la felicidad y en el mayor de los casos consciente que la muerte acabaría inexorablemente con ella, busca más allá del tiempo la realización de su ser.

Qué hemos sido antes de vivir, sino nada. Nada durante millones y millones de años. Y lo que somos ahora, lo somos en tan poco tiempo. La vida es tan fugaz, como que en medio de una larga oscuridad de pronto se prendió la luz que alguna vez se volverá a apagar y nos resistimos que sea para siempre. De allí que la experiencia enseña que los hombres al tomar conciencia de la finitud de su ser buscan darles un significado trascendente a sus vidas.

### **3.2. La inmortalidad personal y la existencia de Dios**

La finitud de la existencia humana hace que el hombre encuentre su máximo tormento en el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instintos certeros cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo y se rehúsa a aceptar que con la muerte todo acaba. Lleva en su interior una semilla de la eternidad que al ser irreductible a la sola materia se subleva contra la muerte y todos los esfuerzos de la ciencia moderna por prologar la vida, no logran acallar la ansiedad del hombre. Por ello, en virtud de su propia libertad el hombre debe buscar el bien en orden al propósito de su vida, y el hecho de no poder ir más allá de sus propios alcances no debe dar lugar a un sentimiento de frustración sino más bien con un sentido de trascendencia construir para sí mismo y para los demás un mundo mejor a partir de este deber ineludible de elegir (Camus, 1973).

Ahora bien, parece ser que, si la muerte es la última palabra en la vida del hombre, nada tendría sentido. Seríamos como un foco que se prende y se apaga en pocos segundos. De ahí que hasta el hombre que proclama que Dios no existe se revela ante esta conclusión, no acepta que la existencia no tenga sentido. El hombre no tolera haber sido nada y volverlo a ser para la eternidad.

En efecto, una clara muestra del darle sentido a la vida es la que se pone de manifiesto, sin duda alguna con la fe religiosa que encuentra en el Dios de las diversas religiones respuestas adecuadas al sentido de la vida. La religión católica, por ejemplo, afirma que el hombre ha sido creado para un destino feliz, que sobre pasa las fronteras de la mísera vida terrestre y que la fe apoyada en sólidas razones, está en condiciones de dar a todo hombre reflexivo la

respuesta a la angustiosa interrogante sobre su porvenir...” (Concilio Vaticano II, N° 18 Constitución Pastoral Gaudium et Spes, N° 18 p. 147).

En consecuencia, su experiencia existencial le lleva a buscar el sentido y fundamento de su vida, en algo absoluto, en algo que le llene, que le dé la paz que necesita. La creencia en lo Absoluto es la única salida que el hombre de todos los tiempos ha tenido para explicar la limitación humana y la esperanza de salir de ella. Esta concepción de la existencia de Dios, encuentra en la historia de la humanidad una gran aceptación y aún en una sociedad tan materialista y consumista como la actual.

En este sentido, en la hipótesis de que Dios existe y que la muerte no es el fin de todo, el misterio viene al encuentro del hombre como una esperanza ya que la felicidad verdadera, la respuesta que busca, la salvación que por la fe anhela, no la puede conseguir en este mundo.

### **3.3. La autorrealización personal y el servicio a la comunidad al margen de Dios**

Aunque de modo distinto, cada una de las religiones universales profesan la vida más allá de la muerte, y naturalmente, la vida terrestre del hombre ordenada hacia ese más allá. La religión cristiana, por ejemplo, al mostrar la creación como acción libérrima y generosa de Dios alcanza una explicación del porqué y el para qué de la vida. Es decir, el hombre existe para expresar la gloria de Dios, debiendo esta gloria consumarse no sólo en esta existencia terrena, sino en la inmortalidad personal más allá de la muerte que constituye también la felicidad eterna del hombre porque entonces verá a Dios tal cual es y gozará de su presencia infinita (Concilio Vaticano II, 1988: Constitución pastoral Gaudium et Spes, N.º 18, p. 147).

El hombre siendo un ser existencialmente hacia la muerte, con la filosofía cristiana, lo es también para la vida. El tránsito de una a la otra se realiza mediante la muerte. En consecuencia, la muerte ha sido mirada como un eco de la vida. Todos nacemos para morir y no es lo mismo afirmar que todos nacemos para-la-muerte. Para el cristiano la muerte tiene más sentido ético que filosófico. Su interpretación mira más al lado de lo soteriológico que a lo fenomenológico.

La muerte se carga de significación soteriológica porque en ella se plasma definitivamente el eterno destino del hombre. Se muere como se vive; la muerte es el término secuencial de la

vida y por ello, si es importante la muerte, lo es más la vida que da sentido a la muerte (San José, pp. 358-360)

El cristianismo enseña que la felicidad esencial del cielo consiste en que poseeremos a Dios infinitamente perfecto y seremos poseídos por él, en una unión tan íntima y total que ni siquiera podemos remotamente imaginar.

El objeto de nuestra posesión no será un ser humano por bello, noble, bueno y maravilloso que sea. Será el mismo Dios con el que nos uniremos de un modo personal y definitivo; Dios, que es Bondad, Verdad y Belleza Infinita; Dios, que lo es todo, y cuyo amor inconmensurable puede colmar todos los deseos y anhelos del corazón humano (De Chardin, 1967).

Esto es en consecuencia, lo que conlleva al hombre a un cambio radical de su vida, a dejar todo cuanto tiene por aquello que le llena su vida y que después de experimentarlo le lleva a exclamar como San Agustín de Hipona: “Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé...” (San Agustín, Trad. 1985, N.º 3851).

La fe cristiana ofrece en esta perspectiva una promesa de resurrección. Dios no nos ha creado para la muerte, sino para llegar a la plenitud de vida y felicidad. La dificultad no es fácil de superar. En el caso de la religión cristiana es un dato de fe que se funda en la resurrección de Jesús como un hecho histórico.

Por eso, aceptada personalmente la fe el problema de la existencia humana, sólo es problema en cuanto cada persona y la humanidad entera deben buscar y seguir cuidadosamente el camino que la fe señala en orden a cumplir los designios del Dios creador y providente (Rabade y Benavente, 1986).

De ahí que para el creyente sincero la vida puede estar llena de dificultades, pero no importa puesto que todo sucede según los designios de Dios que, respetando la libertad del hombre, quiere el bien para él.

Con la fe el sentido de la vida humana es trascendente porque se busca en algo distinto y superior a su propia existencia. Trascendente en este sentido es Dios, el Dios que la razón necesita y descubre para explicar la realidad, su origen y su sentido.

### **3.4. El sentido del hombre al margen de la idea de Dios**

Aunque para muchos la vida tiene sentido en la trascendencia de la mano con el progreso humano, para otros tiene sentido en la idea de progreso, al margen de la idea de Dios y su providencia divina. De hecho, ni se sigue del hombre por el hecho de ser creyente, un obrar moralmente bueno, ni se sigue del hombre por el hecho de no creer en Dios, un obrar moralmente malo. En efecto, hay hombres que no han creído o no creen en Dios, y sin embargo han encontrado el sentido de sus vidas en la consecución de sus aspiraciones obrando el bien o buscando el progreso sin tener más sentido de trascendencia que la realidad misma.

No cabe duda que el progreso está generalmente vinculado a la consecución de la felicidad, y hay que advertir en el hombre carente de fe religiosa, la limitación que constituye la muerte, así como la diferencia entre el progreso que busca el bien de los demás y el de uno mismo y el progreso meramente egoísta, que solo toma en cuenta el bien propio. Un Progreso al estilo de la ilustración que significa la imposición de la razón o al estilo de la sociedad del conocimiento que pregona el conocimiento como valor absoluto, progreso al estilo de una sociedad consumista y pragmática que radica en el tener y el poder, progreso al estilo de Nietzsche que declara que la vida es lo fundamental, que la vida es lo valioso, que la vida no requiere ser justificada para demostrar su valor y que su expresión finalmente culmina en la voluntad de poder (Caballero et al, 1997).

Obviamente el hombre piensa que podría ser feliz si consigue todo lo que desea. No obstante, ocurre que cuando lo tiene –riqueza, poder- salud; una familia generosa y amigos leales-, encuentra que aún le falta algo, que todavía no es verdaderamente feliz, que siempre queda algo en su corazón que anhela. Es más, hay quienes con razón llegan a concebir que el bienestar material, en algunos casos, es fuente de dicha que decepciona.

En efecto, con frecuencia, los bienes materiales son como agua salada para el sediento, que, en vez de satisfacer el ansia de felicidad, la intensifica. Y es que el hombre, en definitiva, no se sacia con bienes finitos, ni, aunque los posea en enorme abundancia. La riqueza está en vivir como si no tuviéramos. Lo cual no significa, bajo ningún motivo, no aspirar a tener bienes; todo lo contrario, es noble y justo aspirar y esforzarnos para lograr tener bienes ya que esto

se ordena además a una mejor calidad de vida. De lo que se trata es de asimilar que el que no vive para servir, no sirve para vivir y que el hombre no es para las cosas sino a la inversa.

No obstante, la amenaza de la interrupción por la muerte sigue presente, de hecho, volvemos a encontrarnos con ella. Y en esta perspectiva, una felicidad humana amenazada constantemente, que se puede perder con la muerte, es una felicidad a medias. Por ello para los existencialistas es importante que el hombre tome conciencia de su temporalidad, que afronte la muerte no como una pérdida de todo, sino como el momento de plenitud, por cuanto - dicen - el hombre auténtico ha tenido que vivir su vida consciente de que tiene que morir (Rabade y Benavente, 1986)

Así, algunos dicen que hay que conformarse con una inmortalidad en el recuerdo de los que vivirán después de nosotros. Por eso se esfuerzan, se sacrifican, se entregan por un ideal, por una causa esperando vivir en la memoria colectiva de las generaciones futuras.

Según Nietzsche existimos para vivir. Y el progreso, y lo bueno radica en todo lo que aliente, proteja, conserve, estimule, enriquezca la vida. La vida para él, se constituye en el máximo de los bienes y su expresión culmina en la voluntad de poder.

Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo? Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos... ¡Mirad, yo os enseño el superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: ¡Sea el superhombre el sentido de la tierra! (Nietzsche 1882 – 1885/2008, p. 43).

La vida como valor supremo funda todo otro valor. Es bueno y es valioso lo que favorece la vida y eleva la voluntad de poder; es malo lo que anula la vida, lo que lleva a la debilidad. En este sentido, Nietzsche pone la vida en el centro de la especulación filosófica y cambia la voluntad de vivir formulada por Schopenhauer por la voluntad de poder. Si la compasión para Schopenhauer fue una sublime virtud, para Nietzsche será el más nocivo de los vicios. (San José, p. 281). Para él, los débiles nunca han tenido el ánimo y la fortaleza como para defender y proteger su propia vida, siempre se han refugiado detrás de algún hombre fuerte que los proteja y les arroje “migajas” de lo que ha conseguido.

Es por ello que para Nietzsche estos hombres no han merecido ni merecen la vida que tienen. No han sido capaces de defenderla, de imponerse sobre los demás, de luchar por ella; por ello lo único que merecen es perecer. Puesto que toda su esperanza esta puesta en la otra vida, habría que dejarlos “irse” en su busca. Los fuertes son los únicos seres dignos de la vida que han recibido. Son los que siempre han tenido el poder y el dominio, son los que no aceptan ser reprimidos ni detenidos en su lucha por la vida. Por eso sigue existiendo una moralidad y una religión que predicen la muerte y la renuncia a la vida y a lo que la alienta.

La fe cristiana es, desde el principio, sacrificio: sacrificio de toda libertad, de todo orgullo, de toda autocerteza del espíritu: a la vez, sometimiento y escarnio de sí mismo, mutilación de sí mismo. Hay crueldad y hay feticismo religioso en esa fe, exigida a una conciencia reblandecida, compleja y muy mimada: su presupuesto es que la sumisión del espíritu produce un dolor indescriptible, que el pasado entero y los hábitos todos de semejante espíritu se oponen a ese absurdísimo que se le presenta como fe (Nietzsche, Trad. 1885/2007, p. 72).

Fouerbach llamó a este proceso alienación, entendiendo a éste como el proceso por el que el auténtico creador –el hombre- termina subordinándose y adorando su propia criatura – Dios.

En la religión el hombre se libra de los límites de la vida, aquí deja lo que le oprime, le impide, le afecta en forma repugnante. Dios es el sentimiento del hombre de sí mismo librado de toda la repugnancia; el hombre solo en su religión se siente libre, feliz, beato, porque sólo aquí puede vivir a su modo. (Feuerbach, 1841/1995, p. 84)

El cristianismo, en este orden, es la manifestación más fuerte que se ha dado del extravío de los instintos con el invento de un tras mundo ideal y de una desvalorización del mundo terreno. De ahí que para él la superación de la negación de la vida que ha llevado a cabo la moral y la religión, o lo que es también la muerte de Dios, significa la supresión de la trascendencia de los valores y el descubrimiento de que estos son creaciones humanas (Caballero et al., 1997, p. 428).

En consecuencia, según esta manera de pensar, el hombre debe dar paso a una especie superior para la que no exista más moralidad y religión que la que nazca de sus propios instintos vitales. Una especie de hombres superiores para quienes la muerte de Dios los ordena a alcanzar el ápice del progreso, una especie de hombres que no se sientan detenidos

por nada en su deseo de vivir, la raza del superhombre, para quien lo único valioso será su propia vida y para quien los débiles y fracasados sólo serán seres inferiores, utilizables o aniquilables a su antojo (Velez, 2005).

Ciertamente, el hombre es un ser perfectible por lo que tener que superar y mejorar diariamente no sólo es lo que se espera de él, sino también necesario. Sin embargo: ¿Acaso una religión que somete o que limita la realización del hombre vale la pena? ¿Acaso Dios – para quien profesa una religión- no quiere que el hombre crezca, que haga actos nobles, que no se denigre? Ciertamente Nietzsche tiene razón cuando plantea el valor de la vida. Pero la religión no debe entenderse necesariamente como el rechazo a la vida – para los cristianos Dios es un Dios de la vida no un Dios de la muerte-, Dios ha venido para que el hombre tenga vida y la vida en abundancia dice el cristianismo. El asunto es que la vida tiene que vivirse con dignidad y la dignidad significa de por sí la realización de la persona.

El problema es la forma cómo se conciba la religión y sin embargo, el progreso al margen de la religión a lo más que llegaría es a señalar un sentido a la existencia de la humanidad entera, aunque se trataría de un sentido indeterminado por desconocimiento de la meta, ya que tal meta no cabe señalársela a un progreso que por definición se declara ilimitado (Canal, 2000). En definitiva, distintas corrientes de la filosofía nos quieren enseñar que el sentido de la vida está en la consecución de la felicidad, en la inmortalidad, en la realización personal, en el servicio a la comunidad.

El hombre no es un ser que deba vivir su vida como una rutina de hechos que se suceden. Todo lo contrario, debe hacerse continuamente así mismo. Por ello, es una aventura viviente, es un ser que arriesga continuamente y para quién volver a empezar es siempre posible hasta el final.

La historia ha dejado innumerables testimonios de hombres que fueron incapaces de vivir la vida de una manera tan trivial, y que se han constituido en ejemplos de la humanidad.

Por ello, es necesario señalar que la grandeza del hombre radica en afrontar el problema de su propia existencia, conocer cuál es el sentido de su existencia, saber qué sentido tiene su vida y hacia donde se dirige y en este orden, transformarse continuamente para llegar a ser “un auténtico ser humano”. Alguien que piensa, razona, se prepara para triunfar en la vida,

tiene sentimientos de amor a la humanidad, sabe perdonar, disfruta sin destruir, se solidariza, comparte y es responsable de sus actos, ama profundamente la naturaleza, trasciende y se ama así mismo.

## **CONCLUSIONES**

PRIMERA: La antropología filosófica tiene como objeto el indagar sobre el hombre, sobre su origen, su naturaleza y su finalidad, esta actividad pone de manifiesto la grandeza de su ser en cuanto que, dotado de inteligencia y voluntad, busca el sentido de su vida, lo que deviene no solo en una concepción de sí mismo, sino también en una forma o estilo de vivir.

SEGUNDA: El sentido de la existencia humana no es una mera curiosidad, es algo íntimo que afecta notablemente a nuestro ser, algo tan propio y con lo cual nos encontramos permanentemente comprometidos, de aquí que los cuestionamientos fundamentales ¿Quién soy?, ¿Cuál es mi origen?, ¿Para qué existo?, ¿Qué me diferencia de los demás seres?, ¿Qué me espera después de la muerte?

TERCERA: Las respuestas que el hombre ha ido dando a las interrogantes sobre su propia existencia, a lo largo de la historia del pensar filosófico, se han distinguido primero por un carácter mítico y posteriormente por un carácter racional y crítico; en este sentido, las principales posturas sobre su origen son el evolucionismo y el creacionismo.

CUARTA: El hombre como ser natural, espiritual y en constante hacerse se puede definir como un ser en el que alma y el cuerpo se funden, se compenetran tan íntimamente que, al menos en esta vida, una parte no puede ser sin la otra. El cuerpo es la expresión del alma y por tanto es la expresión del ser del hombre.

QUINTA: El hombre busca entender para qué está aquí, para qué existe, cuál es su propósito en el mundo, especialmente ahora en que la realidad nos interpela, nos cuestiona, nos apremia y exige una respuesta comprometida con la vida.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Álvarez, J., Sabán, A., y Martín, G. (1996) Historia de las Civilizaciones y del Arte, Madrid – España, Edit. Santillana.

Aristóteles (1978) Física. Madrid – España Editorial Aguilar.

Aristóteles (1995) Acerca del Alma. Madrid, Edit. GREDOS.

Caballero M., Echano, J., Martínez, E. Montarelo, P. Navlet, I. (1998) Historia de la Filosofía Noesis: Curso de orientación universitaria. 1era Edición, Barcelona-España, Vicens-Vives, Editorial, S.A.

Camus, Albert (1973) El Mito de Sísifo, Buenos Aires – Argentina, Edit. Losada.

Canal Trint, J. (2000) La Empresa de ser Hombre, Tom. II Colección “El Cofre de la Sabiduría, Las mejores semillas”. Lima, Gráficos Bellido SRL.

Darwin, Charles (2009) El Origen de las Especies por medio de Selección Natural. Tomo I, Madrid – España, E.D.A.F.

Charpentier, Etienne (1982) Para Leer el Antiguo Testamento, 6ta Edición, Navarra – España, Edit. Verbo Divino

Concilio Vaticano II (1988) Constitución Pastoral Gaudium et Spes, Lima – Perú, Ediciones Paulinas.

Concilio Vaticano II (1988) Constitución Dogmática Dei Verbum, Lima – Perú, Ediciones Paulinas.

Comte, Augusto (1985) Curso De Filosofía Positiva. Madrid – España, Ediciones Aguilar.

De Chardin, T. (1967) El Grupo Zoológico Humano, Madrid – España, Edit. Taurus.

Feuerbach, Ludwig (1995) La esencia del cristianismo. Madrid – España, Editorial Trotta.

Fernández, Joaquin (1992): Introducción a la Biblia, Universidad Marcelino Champagnat, Lima.

Ferrater, José (1981) Diccionario de Filosofía Tomo II. 3ra Edición, Madrid – España, Alianza Editorial

Heidegger, Martin (1984) El Ser y el Tiempo. México, D. F. 2da edición, México, Fondo de Cultura Económica.

- Idigoras José Luis (1990): “Mujer” Ensayo Teológico, Lima – Perú, Ediciones Paulinas.
- Izquierdo, Sherly (2007) La Filosofía como Búsqueda del Sentido de la Vida, Lima.
- Juan Pabo II (1996) “Veritatis Splendor” (El Esplendor de la Verdad) Lima, Ediciones Paulinas.
- Kant, Emmanuel (1981) Crítica de la Razón Práctica. Madrid – España, Edit. Espasa Calpe.
- Kant, Emmanuel (1981) Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres; Edit. Espasa Calpe, Madrid – España.
- La Biblia Latinoamericana (1995); 99 edición, coeditan Edit. San Pablo, Madrid – España y Edit. Verbo Divino, Navarra – España.
- Marx, Kart (1981) Manuscritos Económicos Filosóficos. 1º manuscrito: El trabajo alienado. Revista de Occidente Alianza Editorial Madrid.
- Nietzsche F. (1978) Así Hablo Zaratustra, Madrid – España, Alianza Editorial.
- Nietzsche F. (1978) Mas allá del Bien y del Mal, Madrid – España, Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, José (1966) Obras Completas. Madrid – España, Editorial Espasa Calpe.
- Pascal, Blaise. (2004) “Pensamientos”, Madrid, Alianza Editorial.
- Rabade, S. y Benavente, J. (1986) “Filosofía”. Madrid – España. Edic. ANAYA S.A, 3ra Edic. ,
- San José García, Francisco (1987) Introducción a la Filosofía. Lima.
- Santamaría Velasco, F., (2009). La persona: valor y amor en la filosofía de Max Scheler. Análisis. Revista Colombiana de Humanidades, (74), 71-94.
- Sartre, Jean Paul (1982) El Existencialismo es un Humanismo. Madrid – España, Alianza Editorial.
- Thema equipo editorial (2003) Historia Universal; Enciclopedia Temática Ilustrada Tom. X, Lima – Perú.
- San Agustín (1985) Confesiones; BAC, Edit. HERDER, Barcelona – España.

San Agustín (1985) De Vera Religione; BAC, Edit. HERDER, Barcelona – España.

Vásquez Urday Carlos E. (1993): Biología; Edit. PRISMA, Lima – Perú.

Vélez Correa, Jaime S.J. (2005) El Hombre un Enigma. Antropología Filosófica FELAL Vol. II, 3ra Edición, Editora@celam.org., Bogota - Colombia.

Villee Calude A. (1996) Biología; 8va Edic.; MC GRAW-HILL-INTERAMERICANA EDITORES S.A., ciudad de México – México.

Zubiri Xavier (1982) Siete Ensayos de Antropología Filosófica, Edit. USTA, Bogotá - Colombia.

Sherly Francisco Izquierdo Valladares. Doctor en Administración de la Educación (Universidad Privada Cesar Vallejo, Trujillo Perú)

Magister en Educación con mención en Docencia y Gestión Educativa (Universidad Privada Cesar Vallejo. Trujillo Perú). Magister en Derecho con mención en Derecho Penal, Procesal Penal y Litigación Oral (Universidad Nacional de Tumbes)

Licenciado en Historia y Geografía (Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima). Abogado (Universidad Nacional de Tumbes). Estudios en Filosofía y Teología (Seminario Mayor “San Juan María Vianney” de Piura)

Docente Asociado, adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Tumbes, Perú.

EMAIL. [sizquierdov@untumbes.edu.pe](mailto:sizquierdov@untumbes.edu.pe)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5474-576X>

Marco Antonio Cabrera Atoche. Doctor en Administración de la Educación (Universidad Privada Cesar Vallejo, Trujillo Perú)

Magister en Educación con mención en Docencia y Gestión Educativa (Universidad Privada Cesar Vallejo. Trujillo Perú).

Licenciado en Lengua, Filosofía y Religión (Universidad Marcelino Champagnat y Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, Perú.

Docente Auxiliar, adscrito a la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Tumbes, Perú.

EMAIL. [mcabreraa@untumbes.edu.pe](mailto:mcabreraa@untumbes.edu.pe).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8571-3266>

Enero 2025 - CID - Centro de Investigación y Desarrollo  
Copyright © - CID - Centro de Investigación y Desarrollo  
Copyright del texto © 2024 de Autores  
Formato: PDF  
Tamaño: A4 210 x 297 mm  
Requisitos de sistema: Adobe Acrobat Reader  
Modo de acceso: World Wide Web  
[biblioteca.ciencialatina.org](http://biblioteca.ciencialatina.org)  
[editorial@ciencialatina.org](mailto:editorial@ciencialatina.org)  
Atención por WhatsApp al +52 22 2690 3834

